

La *paideia* del príncipe y la ideología helenística de la realeza

Víctor ALONSO TRONCOSO

Universidad de La Coruña

Abstract: This paper is not a study about the possible contents of royal education, nor about the princes' teachers. It does not primarily deal with the kings' cultural politics in the Hellenistic age either. Our main concern here is to assess the importance of *paideia* as an element of the ideology of Hellenistic kingship. The main question to be answered is this: In which texts and in which terms is the relationship between *paideia* and *basileia* made explicit? *Contemporary* sources bore direct witness to this relationship and will thereby constitute the basis for our analysis. Three dynasties will be considered preferentially, the Ptolemies, the Attalids and the Antigonids, because of the quality of the sources about them.*

La historia de la educación en la Grecia antigua tiene ya una bibliografía considerable y valiosa que no ha dejado de incrementarse hasta la actualidad. La educación de los reyes en época helenística, en cambio, ya es otra historia que no ha merecido la misma atención, si bien en los últimos años algunos hemos intentado colmar en parte esta laguna con determinados trabajos¹. Hay que decir que no resulta demasiado difícil reunir información en cantidades apreciables acerca de la formación y la cultura de los soberanos, o sobre su política cultural, ni que tampoco faltan nombres de profesores de príncipes y princesas, hasta el punto de disponerse incluso de una pequeña prosopografía para los Ptolomeos (PP 14637-14657). Otra cosa bien distinta es ya precisar el alcance del magisterio ejercido en cada caso por el educador sobre su real discípulo o fijar con una mínima seguridad los contenidos o al menos las orientaciones de las enseñanzas impartidas. En el presente estudio no queríamos volver sobre este tipo de cuestiones, para nada agotadas, sino más bien centrarnos en los aspectos ideológicos, propagandísticos y funcionales de la *paideia* de un príncipe. ¿En qué textos y en qué términos se hace explícita la relación entre educación y realeza? Y, hasta donde sea posible responder, ¿qué relevancia se dio a la *paideia* en la creación de la imagen monárquica? Las fuentes de la época, por su condición de testigos directos, centrarán nuestra atención y cimentarán nuestros análisis.

* Este artículo ha sido realizado gracias a tres estancias en el Seminar für Alte Geschichte de la Universidad de Heidelberg (2001, 2003 y 2004), en dos ocasiones con una beca Humboldt. Agradecemos a Angelos Chaniotis y a Géza Alföldy su magnífica hospitalidad. Se inscribe asimismo en el mencionado proyecto de investigación (BHA 2000-0193), financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

¹ Leuteritz 1997, 21ss; Alonso 2000, 2001, 2005, mientras que de los dos grandes clásicos, Jaeger 1957, 870ss, 951ss, aborda el tema sólo en época clásica, y Marrou 1965, no desciende al mismo. Mejor Eichgrün 1961, 181-93, "Exkurs II: Prinzenzieher", para los Ptolomeos. Sorprende que Schubart 1937, 1937b, no reparara en la *paideia* como parte del ideal monárquico, como tampoco Farber 1979, ni en principio Sherwin-White, Kuhrt 1993, 129ss, para los Seléucidas, pero ver infra n.34. Tampoco Walbank 1984, 81ss, en su "Hellenistic Picture of the King". Más aprovechable Hahn 2000.

I. En el año 175/74 el pueblo de Atenas acordó conceder sendas coronas de oro al rey Eumenes II de Pérgamo y a sus hermanos Átalo, Filetero y Ateneo, en reconocimiento por su decisiva intervención en la entronización de Antíoco IV Epífanes en Antioquía (*OGI* 248). El decreto no se limita a esta generación, ya que a renglón seguido extiende los mismos honores a los padres: Átalo I, el monarca ya difunto, y la reina madre, Apolonis, aún viva a la sazón. Para fundamentar la extensión de tales distinciones a los progenitores, el documento aduce que éstos habían sabido transmitir a sus cuatro hijos las virtudes de la *areté* y la *kalokagathía*, velando por su educación de manera acertada y sensata: ἀρετῆς ἔνεκεν καὶ καλοκάγαθίας / ἡμὲν περιποίησαν τοῖς υἱοῖς προστάντες τῆς παιδείας / αὐτῶν καλῶς καὶ σωφρόνως². Se trata, desde luego, de un tipo de argumentación que no resulta gratuita, ni que deba echarse en saco roto. Atenas no era una polis cualquiera, sino una referencia absoluta en el marco de la civilización helenística, y por esta razón el lenguaje oficial de sus disposiciones asamblearias contiene un valor testimonial precioso para la historia de las ideas políticas. Este decreto honorífico presupone la centralidad de la *paideia* en la vida de la ciudad griega, de acuerdo con un discurso que remonta a los sofistas y que en el helenismo se plasma en la institución omnipresente del gimnasio (Delorme 1960; Gauthier 1995). No por casualidad era la dinastía pergamena una de las mayores patrocinadoras de gimnasios y teatros en Asia Menor y el Egeo (Schmidt-Donaus 2000, 52ss). Ahora bien, lo que aquí se quiere celebrar en último término es la feliz asociación de realeza y excelencia educativa en la casa de los Atálidas, toda una apuesta por la racionalización del poder que había tenido sus primeros defensores precisamente en dos autores atenienses: Jenofonte e Isócrates³. La disposición añadida en el decreto de dar publicidad oral y escrita al mismo no sólo en la propia Atenas, sino también en la capital pergamena y en el santuario de Apolo en Dafne, cerca de Antioquía (l. 48-57), refuerza aún más la intencionalidad panhelénica y propagandística de un texto eminentemente declaratorio⁴.

Que la dinastía atálida se tomaba muy en serio la formación de sus príncipes y que la asamblea ateniense no cometía en esta ocasión un acto más de adulación (*kolakeia*), podemos deducirlo de otra inscripción posterior (*IEph* 202), aparecida también en Pérgamo y referida al citado hermano de Eumenes II, pero ya convertido en rey, Átalo II (159-138 a.C.), y al sobrino de éste e hijo de aquél, el futuro Átalo III. Quien habla esta vez es el mismísimo monarca, Átalo II, y lo hace en forma de epístola al consejo y al pueblo de Éfeso, ciudad de la que provenía el preceptor llegado a la corte para ocuparse del joven Átalo, heredero del trono. La carta da cuenta de la presenta-

² *OGI* 248, l. 46-48: ver Habicht 1994, 192.

³ Jaeger, *loc. cit.*; Marrou 1965, 102ss; Hadot 1972, 574ss; Livingstone 1998; Farber 1979, 498, que subrayan también su influjo en el helenismo, especialmente la *Ciropedia*: cf. además Leo 1901, 252s y Höistad 1948, 90, 94.

⁴ Cosa que tenía que complacer a una familia que ya había visto publicarse una obra sobre la educación de Átalo I, Περὶ τῆς Ἀττάλου παιδείας, escrita por un profesor suyo y gran adulator, un tal Lisímaco (Ath. 6.252c = Callimachus f 438, Pfeiffer = *FGrHist* 170 T 1). Por lo demás, la preocupación genuina de Átalo II por la enseñanza puede verse en su fundación escolar para los delfios, de 160/59: *SIG* ³ 672 (= Murray 1996, n° 3 = Ameling 1995, 94 [E]).

ción del efesio, un tal Aristó[ζίτιμος?], a su alumno y del comienzo de su trabajo: καὶ συσταθεὶς αὐτῶι τῆς καθηκούσης παιδείας [προενοή]σε. La “adecuada educación” a la que se refiere este tío y tutor muy consciente de sus responsabilidades requiere a juicio del mismo dos cosas: competencia y capacidad pedagógica del profesor para impartir una materia concreta (en este caso, retórica)⁵, y al mismo tiempo un estilo de comportamiento apto para la convivencia diaria con el príncipe (l. 4-6), o dicho de otra manera, digno de la alta misión encomendada. El comentario subsiguiente del Atálida reproduce una idea muy antigua y conocida de la teoría educativa griega: “a cualquiera resulta evidente que los jóvenes que por naturaleza son de la mejor calidad (οἱ ἐκ φύσεως καλοκαγαθικοὶ τῶν νέων) siguen con el máximo celo la educación de sus instructores (τὰς ἀγωγὰς [τῶν ἐ]πιστατῶν)” (l. 6-7). Junto con la noción aquí enunciada de bondad y belleza, que se había socializado por obra de los intelectuales educadores de la democracia ática (Bourriot 1995), merece ser destacada la concepción pedagógica subyacente, según la cual es la naturaleza la que marca las aptitudes del educando. La *physis*, por supuesto, podía ser invocada en clave sofística a favor de la igualdad (Adrados 1966, 210ss, 368ss), pero es evidente que el Atálida se atenía a una interpretación más conservadora (como, por ejemplo, la de Platón en las *Leyes* 766a). Que los hijos de reyes eran personas mejor predisuestas por la sangre constituía una convicción no sólo sostenida por Homero, sino que además había enraizado en la mentalidad popular y el folclore, como se puede leer desde Heródoto (1.114-116) y Píndaro (*N.* 3.40ss) hasta Menandro (*Epit.* 320ss). Mejor que nadie la había defendido Jenofonte en la *Ciropedia*⁶, un retrato ideal del βασιλικὸς ἀνὴρ que seguramente ejerció gran influencia en la ideología helenística de la realeza (v.g. D.L. 6.84). En fin, dada la relevancia del asunto, creemos que la misiva debió de ser inspirada –si no dictada– por el propio Átalo II, cuyo estilo epistolar ha podido ser reconocido en otra de sus cartas, la dirigida al sacerdote de Cibeles, Atis (Schubart 1920, 338ss), “dictated by a man familiar with the school of rhetoric and rather skillful in its use” (Welles 253, nº 61).

La política atálida de dar la máxima publicidad a la cultura de sus príncipes y al evergetismo escolar de la dinastía se expresó asimismo por medio de las artes plásticas. Por ceñirnos al caso que nos ocupa, resulta obligado referirse a la estatua del príncipe Átalo (III) erigida en el gimnasio de Pérgamo (Delorme 1960, 171ss), concretamente en uno de los nichos de la terraza inferior del mismo, la reservada a los *paides*. La escultura no se conserva, pero sabemos de su existencia por el texto epigráfico asociado a la misma, en el que los muchachos a punto de ingresar en la efebía (con quince años) se declaraban dedicantes del monumento, acaso por su condición de compañeros de clase del heredero⁷. En tal sentido parece hablar la datación del epígrafe, en el decimocuarto año del reinado de Átalo II (Hopp 1977, 25), lo que

⁵ Sobre su importancia en esta época cf. Morgan 1998, 190ss, y Scholz 2000, con una epigrafía muy elocuente. Para su correlación con la *kalokagathía*, cf. por ej. *SEG* 2, 1923, 715.

⁶ Por ej., 1.1.6; 7.2.24; cf. Hadot 1972, 577s, y Carlier 1978, 141, 161s.

⁷ *MDAI(A)* 29, 1904, 172, nº 14, 1.6-9: οἱ ἐκκριθέντες ἐκ τῶν παίδων εἰς τοὺς ἐφήβους εἰς τὸ πεντεκαίδεκατον ἔτος γυμνασιαρχοῦντος Ἡρακλεῶνος τοῦ Μενεκράτου Ἀττάλωι Βασιλέως Εὐμένου· cf. Schröder 1904, 172; Ziebarth 1907, 45; Hansen 1971, 390ss; Hopp 1977, 24s.

nos acerca a un príncipe en torno precisamente a los quince, edad a partir de la cual adquiriría sentido el comienzo de estudios más avanzados, como la retórica. Es evidente que el consentimiento del monarca subyace tras la dedicatoria de este monumento, enclavado en un lugar perfectamente emblemático para la civilización helenística. Insistir en este punto nos parece fundamental al tratar la imagen de la monarquía, que se ofrece con frecuencia asociada a esa institución. Hay una coherencia ideológica de fondo, por ejemplo, entre la colocación de esta estatua y la afirmación jactanciosa de Ptolomeo III (de su propia pluma) de que a su entrada triunfal en Antioquia salieron a recibirlo “todos los jóvenes del gimnasio” (*FGrHist* 160 F 1).

Lo interesante del caso pergameno es que el emparejamiento *paideia-basileia* dista mucho de constituir un hecho excepcional en el pensamiento griego de la época. Dentro de esta segunda centuria, pero a finales, se sitúa la *Carta a Filócrates*, que nos traslada de escenario al Egipto de los Lágidas⁸. La obra de Aristeas, pseudónimo de un judío próximo a la corte de Alejandría, está muy emparentada con el subgénero del *περὶ βασιλείας* y ofrece un texto bien elocuente y articulado para comprender hasta qué punto una buena *agogé* formaba parte inseparable de la imagen ideal del soberano. En la ficción imaginada por el autor, que transcurre en la corte de Ptolomeo II Filadelfo, los hombres “distinguidos por su educación” (*παιδεία διαφέροντες*) son en todo momento los llamados a ejercer las tareas de representación: bien como embajadores de Ptolomeo en Jerusalén (“dignos de tu *agogé*”), bien como traductores del *Pentateuco* elegidos por el sumo sacerdote Eleazar⁹; y si la peor negligencia de un soberano sería olvidar la formación de su prole (248), el mejor estilo de gobierno sólo podría descansar en la *paideia* (290: Murray 1967, 359), con lo que no es de extrañar que los sabios de Israel alaben la dedicación de los monarcas a la lectura¹⁰. El diálogo del monarca con sus doctos huéspedes concluye con unas palabras de agradecimiento por su “educación en la realeza” (*διδασχὴν .. πρὸς τὸ βασιλεύειν*)¹¹. Si el autor otorga a la cultura un lugar tan central en la vida cortesana y si aquél, como se ha señalado, “shows deep knowledge of the Hellenistic ideology of kingship” (Murray 1987, 23), ello quiere decir que para los no griegos o para los sectores helenizados la *paideia* aparecía de inmediato como parte consustancial a dicha ideología.

Por muy novelesco que se nos presente este relato sobre la *Septuaginta*, no hay duda de que el trasfondo histórico que lo inspira justifica con creces sus licencias literarias. Si hablamos de libros y lectura, como hace Aristeas, recordemos que los datos disponibles sobre la base libresca de la cultura de los Ptolomeos son abrumadores. No es cuestión ya sólo de la Biblioteca de Alejandría, o de la condición de preceptor de los príncipes, aparejada probablemente al cargo de bibliotecario; las noticias sobre profesores, devociones literarias y mecenazgo de los Lágidas son numerosas, conclu-

⁸ Murray 1967, 338; 1987, 15s, 21s; Hadot 1972, 587ss; Hahm 2000, 464; Schulte 2001, 159ss; Virgilio 2003, 54ss, con gran parte de la bibliografía.

⁹ Aristeas 43; 121 (= I., *AI* 12.53, 118), cf. *DGE*, ἀγωγή, III 2. Para el valor de este término en relación con el campo semántico de la civilidad, cf. *UPZ* 113, l. 11-12.

¹⁰ Aristeas 283. El autor no estaba fantaseando, sino enunciando un valor perfectamente cotidiano en el reino lágida: cf. Legras 2002, 95ss, 113ss, 132ss.

¹¹ Aristeas 294: ver Hahm 2000, 461, y Schulte 2001, 165, 167. También Leuteritz 1997, 34s.

yentes, por momentos deslumbrantes¹². La *paideia* principesca es en esta dinastía dato y ornato incontestable, de principio a fin de la misma: desde los desvelos educativos de Soter por su sucesor, hasta las inquietudes políglotas de Cleopatra. Sin embargo, la educación de los Ptolomeos aparece en las fuentes conservadas como una realidad de hecho que no requiere de más explicaciones, sus frutos son los que son, y se muestran y se admiran. De ahí la relevancia para nosotros de la obra de Aristetas, pues hace explícito un binomio que es inherente a la ideología helenística de la realeza: el de que no hay verdadero rey sin una buena crianza. En este sentido, otro apunte de interés procede de Filarco de Atenas, en la segunda mitad del siglo III, y alude de nuevo al gran Filadelfo, personalidad legendaria en la tradición grecolatina, entre otras cosas por su patrocinio de las letras y las artes. Filarco es un observador de fuera de Egipto que caracteriza a tan augusta figura por dos notas para él contrapuestas, la *paideia* y la *tryphé*, comentando que la atención prestada por el soberano a la primera no fue suficiente para salvarlo de los efectos perniciosos de la segunda¹³. Pese al ateniense, la *tryphé* era una nota distintiva de la concepción ptolemaica de la realeza (Heinen 1983), y no tenía por qué ser sentida por los Lágidas como incompatible con la buena educación. Es más, el retrato oficial de algunos monarcas helenísticos, como muestran sus tipos monetales, se recreó incluso en las fisiognomías pícnicas y voluptuosas, caso de un Ptolomeo X (Fleischer 1996, 36). La de Filadelfo sí podría ser una imagen del reino lágida en el cénit de su poderío, y en ella brillarían el cultivo del espíritu y la opulencia, las Musas al socaire de Pluto¹⁴.

La prosa del historiador Filarco nos habla en un registro no muy distinto al de Aristetas y al del encomio ateniense de los Atálidas, siendo el vocablo *paideia* (o su equivalente *agogé*) el naturalmente empleado. La lírica, en cambio, es otro género literario y tiende a ser más elíptica o sencillamente más proclive a la metáfora, buscando el lado poético de las cosas. Teócrito de Siracusa, poeta vinculado en algún momento a la corte ptolemaica, también se hizo eco de la cultura de Filadelfo, pero eligiendo un tono diferente. Decir de un Lágida que se trataba de alguien con buena educación hubiese resultado una obviedad sin gracia, por no decir que una perogrullada acaso rayana en la descortesía; y si algo había bien afinado en Alejandría, eran los trinos que salían de “la jaula de las Musas”. De ahí que el siracusano prefiriese una manera más literaria para lisonjear al monarca: como *philómousos* se nos lo

¹² No vamos a entrar aquí ni en citas ni en detalles: una presentación de las fuentes, con el estado de la cuestión en Alonso 2005.

¹³ *FGrHist* 81 F 40. Jacoby, *Kommentar* II C, 138, destaca el empleo un poco a la ligera del concepto de *tryphé* en los autores helenísticos, no obstante lo cual el entrelazamiento de riqueza, evergetismo y amor a las letras en Filadelfo aparece realizado en Theoc. 17.115-118.

¹⁴ Las artes plásticas también pudieron promover el cliché del soberano ilustrado, caso del conocido relieve *Apoteosis de Homero*, incluyendo a Ptolomeo IV y Arsinoe, por Arquelao de Priene. El lenguaje de las imágenes era importante en la transmisión de los valores ideológicos de la monarquía, y si en Alejandría se insistía en la *paideia* filológica de sus reyes (Alonso 2005), en Pella se resaltaba su carácter filosófico, como prueban las réplicas de la villa llamada de P. Fannius Synistor en Boscoreale (sala H), con la figura de un filósofo, consejero real y educador de los príncipes, asociado a la alegoría de Macedonia: ver Smith 1994, 112, y Virgilio 1999, 96, 105, pero también Sauron 1994, 342ss, con los trabajos anteriores. (Agradecemos a Sylvie Le Bohec-Bouhet estas referencias bibliográficas).

presenta en uno de los idilios (14.61). El epíteto, en cualquier caso, no carecía de abolengo en las letras griegas, y de hecho el filósofo Epicuro acababa de emplearlo para distinguir a los monarcas verdaderamente cultivados: τοῖς φιλομούσοις τῶν βασιλέων (f 5 Usener = Plu., *Mor.* 1095c). Por ahí irán en lo sucesivo los encomios poéticos a los Lágidas. Ptolomeo IV Filopátor, sin ir más lejos, será saludado como príncipe de las armas y las letras en un epigrama anónimo que formaba parte de un manual escolar: τὸν ἄριστον ἐν δορὶ καὶ Μούσαις κοίρανον¹⁵.

Sabemos, en efecto, que Ptolomeo III Evérgetes dio a su hijo Filopátor una magnífica formación, de la que seguramente fue encargado Eratóstenes de Cirene, director de la Biblioteca. Atribuido al sabio “pentatleta” se conserva un epigrama, *Duplicación del cubo*, cuyos dísticos finales (l. 13-16) encierran cierto interés para la investigación que nos ocupa:

“Feliz eres, Ptolomeo, que en tu hijo rejuveneces,
aportándole tú mismo cuantos dones son gratos
a Musas y reyes. Y al final, oh Zeus celeste,
de tu propia mano reciba también el cetro”¹⁶.

Otra vez la *agogé* de un miembro de la realeza es homenajeada por un poeta mediante una alusión. Eratóstenes, un sabio polifacético que también sabía officiar de cantor áulico, se consideraba seguramente una parte muy implicada en la enseñanza del heredero de la diadema, el futuro Ptolomeo IV Filopátor. Es de suponer, además, que el director de la Biblioteca no componía pensando sólo en la familia real o en la sociedad cortesana; sin duda sabía que la enseñanza primaria de muchos niños topaba con dificultades en todo el mundo griego, como Herodas había pintado poco antes en *El maestro de escuela*. En la historia de este mimo, que habría podido tener por escenario lo mismo Cos que el Egipto lágida¹⁷, se parodia una relación paterno-filial fracasada ante el reto de la escolarización, a tal punto que cabría situarla en las antípodas del buen ejemplo dado por Evérgetes-Filopátor. El epigrama de Eratóstenes, dedicado a Evérgetes, fue inscrito en una estela y depositado en uno de los templos de Alejandría, quizá el Ptolemeon, a la vista de todos¹⁸. El cireneo, por tanto, estaba proponiendo a la dinastía reinante como modelo a seguir de compenetración generacional y respeto a los estudios; la monarquía era un espejo en el que se miraban los súbditos, comenzando por la educación.

La continuidad dinástica, en consecuencia, debía basarse en la identificación del heredero con la figura del progenitor, en la asunción de las herencias inmateriales que

¹⁵ *Livre d'écolier*, 25s; Page, *Select Papyri*, 105(b); Fraser 1972, I, 611, y n. 423.

¹⁶ Tr. J.A.Martín (ed. Gredos), 161 (= E.Diehl, *Antología lírica Graeca*, II, Leipzig 1942, Eratosth. f 8, 1.13-16). Hiller (ed. 1872), 122ss, lo había tenido por espurio, pero ver Wilamowitz 1941 y Geus 2002, 133ss, 19 n.241, 306 n.118. Comentemos que si el cetro era, con la diadema, el símbolo externo de la realeza, las Gracias aseguraban la inmortalidad de los reyes, merced a los poetas, como Teócrito había cantado de Hierón II de Siracusa (Theoc. 16) y de Filadelfo (Theoc. 17.115).

¹⁷ Cf. Navarro (ed. Gredos) 10ss.

¹⁸ Así Wilamowitz 1941, 61ss, y Geus 2002, 179, 200s, también con los detalles del mesolabio al que acompañaba.

se mamaban ya desde la más tierna infancia, durante la *trophé*¹⁹. Confianza mutua y emulación formaban parte de la ideología de la realeza desde el tiempo de los Diádocos, en que las parejas de Antígono-Demetrio, Seleuco-Antíoco y Soter-Filadelfo se convirtieron en casos ejemplares de armonía paterno-filial, base de una buena *paideia* (Alonso 2000). También la *Carta de Aristóteles a Alejandro sobre la política para con las ciudades* (15.5-6), de posible autoría aristotélica (Bielawski 1970, 163ss), invoca la figura del padre, Filipo II, como paradigma de buen gobernante. No resultaría extraña esta lealtad del Estagirita a la memoria de su protector (Plu., *Alex.* 7.1-2), máxime constándole que el padre había sido para el joven príncipe un espejo en el que mirarse (Plu., *Alex.* 5.4-6). Más adelante, los Atálidas mimarán este mismo espíritu de concordia, con una Apolonis, por ejemplo, oficiando de apaciguadora ante una tropa de hijos varones²⁰, de donde el mencionado elogio ateniense a la reina madre. La memoria historiográfica grecolatina posterior preservará alguna anécdota sobre las relaciones fluidas y las complicidades entre aquellas dos primeras generaciones de reyes helenísticos, lo cual invita a reconsiderar cualquier alusión contemporánea al respecto, por menuda que ésta sea. Las poquísimas referencias aprovechables apuntan, en efecto, a un pensamiento coherente en lo tocante al protagonismo pedagógico reconocido a la figura del rey padre.

Aquel miniaturista tan consciente de su arte que fue Calímaco se permite en el *Himno a Delos* unos detalles de teología política a mayor gloria de Filadelfo. Todavía en el vientre de su madre, Apolo profetiza a la isla de Cos un destino tan glorioso como el de la afortunada Delos, pues en ella habría de nacer “otro dios, superior linaje de los Salvadores” (*Del.* 165s). El papel de referencia que adquiere Ptolomeo I Soter para su sucesor queda aún más realzado en los versos siguientes: el hijo de Leto vaticina las dilatadas conquistas de Ptolomeo II, comentando que “conocerá las mismas cualidades de su padre” (*Del.* 170). Como suele, Calímaco nos deja aquí un poco con la miel en los labios, pero ello no es impedimento para que sintamos la corriente de identificación y piedad del heredero hacia la figura del progenitor divinizado. La misma ideología se expresa en el *Idilio XVII* de Teócrito, al poetizar el nacimiento del segundo Lágida: “y a ti, marcial Ptolomeo, la radiante Berenice te engendró para otro marcial Ptolomeo (...). Y al fin, parecido a su padre, el hijo amado nació”²¹. Lo cual, por lo demás, no debiera extrañarnos en absoluto, dado que el hijo de Berenice prevaleció en el corazón de Soter sobre Cerauno, el primogénito habido de Eurídice. En consonancia con ello cabe recordar el esmero puesto por el fundador de la dinastía en la educación del predilecto, la cual reunió al mejor profesorado de la época, todo un lujo que no carecía de cálculo político (Alonso 2005). Si se nos permite decirlo así, la loa calimaquea –que tiene su eco cortesano en los citados versos de Eratóstenes– nos recuerda que la guirnalda dinástica de los primeros Ptolomeos fue una encadenación de identi-

¹⁹ Marrou 1976, 23, 172ss; García 1987; Alonso 1991. Véase, por ej., la preocupación aristotélica al respecto en *Pol.* 7.17, 1336a-b.

²⁰ Plb. 22.20; Plu., *Mor.* 480c-d: cf. Leschhorn 1996, 82, 86, 88, y Habicht en estas actas.

²¹ Theoc.17.56-7, 63-4, tr. A.González Laso.

dades y complicidades sobre la base de una *paideia* común, cuando menos hasta Filopátor²².

II. Las relaciones educativas entre reyes y príncipes helenísticos podían aparecer ya más refractadas en la materia literaria cuando se trataba de personajes mitológicos retomados (y reelaborados) por los escritores de la época. En su idilio épico *Heraclisco*, Teócrito celebra la proeza de Heracles niño matando las serpientes, un tema que podría ser suficiente en sí mismo para componer un epilio de cien versos o algo más. Ahora bien, el autor decidió que no quedase ahí la cosa y alargó el poema en otros cuarenta hexámetros, precisamente para detallar la magnífica crianza del héroe:

“Heracles bajo los cuidados de su madre se criaba (ἐτρέφεται) como tierna planta en el huerto, y le llamaban hijo de Anfitrión el argivo. Enseñó las letras al pequeño el anciano Lino (γράμματα μὲν τὸν παῖδα γέρων Λίνος ἐξεδίδασκεν), hijo de Apolo, héroe solícito e insensible al sueño; a tensar el arco y a dirigir al blanco la saeta, Éurito (...); mas quien hizo de él un cantor y adiestró sus dos manos con la lira de boj, fue Eumolpo Filamónida. Cuantas tretas emplean los argivos de ágil cintura para derribarse unos a otros con presas de piernas en los combates, cuantos recursos útiles a su arte han inventado los pugilistas (...), todo esto lo aprendió (...) junto a Harpálico Panopeo (...). Quien le enseñó a guiar los caballos del carro (...) fue el propio Anfitrión (...). Cómo ponerse en guardia con la lanza, cubriéndose el hombro con el escudo (...); cómo disponer la hueste, ponderar la acometida de una tropa enemiga, dar órdenes a los jinetes, todo esto se lo enseñó Cástor Hipálida (...). Así educó (παίδευσάτο) a Heracles su madre querida”²³.

Teócrito, ni que decirse tiene, cultiva en su poesía la reminiscencia homérica y el gusto por el escorzo. Pero no consigue engañarnos. Desde luego, cómo eran estos alejandrinos: aquel chicarrón de Tebas que se había ganado un puesto en el Olimpo partiéndose la cara de un extremo al otro de la ecúmene se transforma aquí casi en un atildado cadete del imperio de su majestad ptolemaica²⁴. El siracusano, tan bucólico, lo envía a un colegio en la campiña con profesores de gramática, música y artes marciales (en todas las academias militares), bajo la supervisión de una madre maravillosa

²² Profundizando en las enseñanzas de Marcel Mauss 1979, quizá sería interesante indagar hasta qué punto la *paideia* regia (incluida en ella la memoria familiar), así como la reiteración onomástica (Ptolomeo) y el culto a los antepasados, reforzaron una conciencia dinástica antipersonal, reacia al principio de identidad individual y desde luego muy ajena a lo que hoy denominamos yoidad.

²³ Theoc. 24.103-134, trad. M.García, M.T.Molinós (ed. Gredos), a quienes no escapan los anacronismos (214 n.33). El toque extemporáneo se nota asimismo en otro autor helenístico, Diodoro (4.10.2), con una cualificación no sólo trófica, sino también paidéutica del hijo de Zeus.

²⁴ Es hipótesis de Koenen 1977, 79ss, en la que no entramos, que el poeta siracusano está sugiriendo aquí una identificación de Heracles con Filadelfo en el momento de asumir éste la corregencia. Ver también Gow 1950, II, 326, 415, 432, y sobre todo Huttner 1997, 138s, 145, 319ss, para los paralelos del *Heraclisco* con la infancia de Filadelfo y como “Schutzgott und Identifikationsfigur der Regenten”. Además de antepasado mítico de los Ptolomeos (Theoc. 17.26-7: Schubart 1937b, 274; Leuteritz 1997, 166), Heracles fue “espejo de príncipes” en época helenístico-romana: cf. Hadot 1972, 584s, quien no obstante olvida el *Heraclisco*.

y un padre putativo que es otro perfecto caballero. Lino es ya un preceptor muy civilizado, casi suena virgiliano, y nada en él sugiere asimetrías culturales o propensiones curéticas (caso de un Quirón). Ni siquiera es el profesor de cítara al que, en otra tradición, su pupilo le parte la crisma en un arrebatado de furia típicamente arcaica²⁵. Claro que el *Heraclisco* no apunta maneras éticas de raigambre filosófica, como el Heracles de Antístenes y Diógenes, alegoría muy espiritualizada del “santo” cínico (Höistad 1948, 35ss, 53). Resultaría demasiado atlético para los gustos de la secta del perro –muy lejana, por otra parte, de los ambientes cortesanos. En cambio, este Heracles teocriteo, reeducado y políticamente correcto, seguro que hubiese sido aceptado sin mayores problemas en las mejores fiestas de la sociedad capitalina, empezando por el Briquión, donde junto a los palacios se levantaban el Museo y la Biblioteca (y donde Filadelfo entretenía sus penúltimas soledades con su hermanísima la reina)²⁶.

Fuera de esta divagación más o menos intencionada, la poesía de la época no parece que se preocupase demasiado por definir un nuevo canon pedagógico para sus reyes mitológicos, divinos o humanos. Apolonio de Rodas, que es aquí la referencia obligada, apenas si arriesga en las *Argonáuticas*, manteniendo en lo esencial el modelo prepolítico y preescolar de la *trophé*²⁷. Hablamos de la antigua crianza de la epopeya, bien transcurra en el ambiente civilizado del *oikos* (para muchos reyes), bien en el espacio inverso de la selvaticidad y los seres sobrehumanos (para los héroes y los dioses)²⁸. Es verdad que el Quirón del canto primero, criador de Aquiles y buen consejero (A.R. 1.33), semeja una persona algo más sociable que la versión homérica del mismo (*Il.* 11.831s; 16.142-44), hasta el punto de animarse a bajar de su antro en las montañas para sumarse al coro de despedidas en la playa (A.R. 1.549-58). Es un centauro a hechura de la nueva épica literaria, muy filológica, y muy capaz también de coquetear con las artes plásticas, pero que deja un tanto frustrado al aprendiz de antropólogo que llevamos dentro. Pues este Quirón tan entrañable, que se viene a Yolco acompañado de su querida esposa, con el Pélida en los brazos de ella (para que lo vea su progenitor), resulta demasiado cercano y demasiado civilizado para ser un *kourotrophos* en estado desaparece de naturaleza²⁹. Es ciertamente un tipo literario

²⁵ D.S. 3.67.2; Apollod. 1.3.2; 2.4.9; Call., fr. 23 (Pfeiffer), que dan una imagen consonante con las de Call., *Dian.* 145-61, y A.R. 4.1432-49 (luego Ael., *VH* 3.32). Tampoco es aquí el preceptor atiborrado de libros con el que habían ironizado la comedia y el drama satírico: cf. Brillante 1992, 206 n.22. Ver asimismo Pfuhl 1940, lám. 471.

²⁶ No nos parece, por tanto, tan evidente la conclusión de Leuteritz 1997, 167, de que “Herakles ist, obwohl bedeutende Gymnasionsgottheit, sehr wenig aussagekräftig für Elemente der Bildung”. Cf. además *SIG* 578, l. 56-7; 959, l. 5-6, y Brillante 1992, 220s, para su asociación cultural con Apolo y las Musas, vinculadas a su vez a la figura del monarca: vid. supra n.16.

²⁷ Que no confundir con la *paideia* propiamente dicha: Pl., *Lg.* 783b; Arist., *EN* 8.11, 1161a; 8.12, 1162a; Plb. 10.22.1; Nic.Dam., *Vit. Caes.* 2.2; Plu., *Moralia* 3b-4a; 320e; y vid. supra n.19, más fuentes y bibliografía.

²⁸ A.R. 1.197-98, 762, 1211; 2.509-12; 4.790-92, 1741-45, 1757-58.

²⁹ Así Herter 1942, 228: “sicher ist, dass die ganze idyllische Szene keine <<Sage>> ist (...), sondern Erfindung des hellenistischen Dichters”, a lo mejor inspirada en alguna pintura de la época (asimismo Krevelen 1956, 8, y Vian, éd. *Bell.Lettr.*, I, 254); en Roma se mantiene el motivo en relieves tardíos: Gütschow 1928. Y ello pese a las posteriores apariciones del centauro en el poema (A.R. 2.510,1240; 4.812), en línea más primitiva: ver Jeanmaire 1939, 290s; Brelich 1958, 128s y 1969, 184 n.204; King 1987, 57ss.

(Jeanmaire), y por eso moja sus pies en la orilla con un punto de abandono que nos encanta. Pero eso es todo. El poeta no va más allá, no quiere, no debe; se abstiene de conferir al monstruo los atributos del hombre letrado, a pesar de que la imaginación griega había adaptado la figura del hijo de Filira a los cánones escolares³⁰; las convenciones del género épico desaconsejan anacronismos tan explícitos. Música y danza, gimnasia, técnicas de adivinación y curandería, historia oral: he ahí el acervo del héroe, la clase de cultura que Quirón puede ofrecer, su “sabiduría” –la “scuola eroica” de la que habla Brelich (1958, 128). Política y más bien libresca, la *paideia*, en cambio, presupone la filosofía y es ajena al mundo de Jasón y sus Argonautas³¹.

III. Hemos dejado para el final a la gran voz del siglo II, la de Polibio, que es la conciencia histórica del helenismo y, por ello mismo, seguramente el testimonio más relevante para nosotros de entre todos los conservados. Al menos en tres pasajes de su obra aborda de manera expresa el tema que nos ocupa. El primero de ellos resulta conceptualmente fundamental, pues se inscribe en el corazón de sus reflexiones sobre la evolución de las formas políticas. Al exponer la teoría del ciclo constitucional, el autor describe la naturaleza de la realeza primitiva, todavía sin degenerar, reconociendo a la calidad de la crianza de los hijos del rey, junto al nacimiento, la función de legitimar ante los súbditos el principio de la sucesión dinástica: “y el poder es reservado no solamente a estos reyes, sino también a sus descendientes, al menos en la mayoría de casos, pues el pueblo cree que los engendrados por tales hombres y criados por ellos (τραφέντας ὑπὸ τοιούτοις) tendrán unas disposiciones semejantes”³².

El segundo paso resulta más expresivo que el anterior, ya que en él Polibio se pronuncia en términos muy críticos contra un gobernante en concreto, Prusias II de Bitinia, y lo hace señalando, entre otras cosas, sus carencias educativas:

“El rey Prusias, de aspecto repulsivo, por más que dispusiera de mejor capacidad de raciocinio, tenía apariencia de medio hombre y resultaba villano y mujeril ante los retos de la guerra. Pues no sólo era cobarde, sino también incapaz de soportar cualquier sufrimiento, y fue en suma un afeminado de cuerpo y alma durante toda su vida, precisamente lo último que todos quieren ver en los reyes, y menos que nadie el

³⁰ Tanto los poetas Hesiodo fr 283 (Merkelbach, West) y Píndaro, *Pyth.* 6.21-27, y después Paus. 9.31.5, quienes sin embargo no implican un tipo de enseñanza en Quirón que no sea oral y sapiencial, como los pintores vasculares: cf. Furtwängler, *BVsA*, II, n° 2322 (= Beazley, *ARI*² I, 329, n° 134; Neugebauer, *Führer*, II, 108, lám. 55). Por lo demás, la iconografía del centauro y Aquiles se mantuvo fiel a la tradición: cf. Johansen 1939.

³¹ La palabra ni aparece en Apolonio (Campbell 1983). Es esta dimensión histórica de la *paideia* (Jaeger 1957, 263, 276ss) lo que Brillante 1992 no tiene en cuenta, y de ahí su traslación abusiva de dicho concepto a cualquier dimensión formativa del mundo heroico; de ahí también su estudio descontextualizado yacrónico de las distintas versiones de Heracles, así como su mezcla de lo trófico con lo paidéutico. Jeanmaire 1949, 258, y Picard 1951, 14s, en cambio, captan mejor en Quirón su condición de “représentant de l’ancienne éducation”, puesta en solfa en tiempos de la comedia antigua por la sofisticada.

³² Plb. 6.7.2: tr. M. Balasch (ed. Gredos), con nuestro cambio de “criados” por su “educados”, aunque las implicaciones del verbo *trepho* pueden incluir tanto la *trophé* en sentido estricto como la *paideia*: cf. Moussy 1969, 87.

pueblo bitinio. Lo acompañó además un gran desenfreno en los apetitos de la carne. Era un perfecto desconocedor de toda educación y filosofía y de sus correspondientes estudios (παιδείας δὲ καὶ φιλοσοφίας καὶ τῶν ἐν τούτοις θεωρημάτων ἄπειρος εἰς τέλος ἦν); en resumidas cuentas, no tenía noción alguna de lo bello (καὶ συλλήβδην τοῦ καλοῦ τί ποτ' ἔστιν οὐδ' ἔννοιαν εἶχε), llevando día y noche una vida bárbara de Sardanápalo” (Plb. 36.15).

Por su autoría y por su completitud, esta semblanza nos parece de un enorme interés para profundizar en la ideología helenística de la realeza³³. Podemos enriquecerla con otras líneas que Polibio (30.18) consagra al bitinio en el contexto internacional de Pidna: hablan de su estilo rastrero e indecoroso ante los romanos, justo lo contrario de lo que Isócrates (2.34) había recomendado en su *Nicoles*: cortesía sin perjuicio de la dignidad. Entre ambas caracterizaciones el historiador perfila una imagen que es la antítesis del aspecto regio para un griego, eso que el propio Polibio denomina τὸ τῆς βασιλείας πρόσχημα (30.18.2), o por decirlo con las palabras del filósofo Diotógenes, una “impresión de majestad” (Goodenough 1928, 72). Para empezar, Prusias carece de buena presencia (κατὰ τὴν ἐπιφάνειαν), que es justamente una de las cualidades que a los ojos de Antíoco III el Grande adornaba al joven Demetrio, hijo de Eutidemo de Bactria y presunto sucesor en el trono: “considerando al joven digno de la realeza por su porte (κατὰ τὴν ἐπιφάνειαν), por su trato (κατὰ τὴν ἔντευξιν) y por su dignidad (προστασίαν)...”³⁴. Por si fuera poco, a su físico nada agraciado Prusias sumaba falta de hombría para las cosas de la guerra. Peor defecto imposible en un soberano helenístico, cuyo trono, a imitación de Alejandro, debía cimentarse en la gloria militar y el culto a la victoria³⁵.

Para terminar, y como corolario natural de todo ello, el historiador habla de un ser zafio, inculto, sin inquietudes filosóficas. La formación liberal y el amor al pensamiento brillan por su ausencia en esta caricatura de monarca que es el rey de Bitinia. Destaquemos que la idea de saberes (*theorémata*) en que se desglosa esta *paideia* polibiana podría estar apuntando ya a la *enkyklios paideia*, una especie de enseñanza general básica, o cuando menos a alguna prefiguración de la misma³⁶. Tras ella venían seguramente estudios más especializados, como los de filosofía (Morgan 1998, 34ss, 190ss), que no por casualidad aparecen mencionados aparte por el historiador. Huelga decir, en fin, que la noción de belleza a la que es ajeno el bitinio, y exigible a un rey según Polibio, nos remite a la misma escala de valores que la profesada por Átalo II en la referida carta a los efesios.

³³ El reverso de esta medalla son los encomios de Átalo I y Eumenes II por el propio Plb. 18.41 (T.L. 33.21.1-5); 32.8: cf. Welwei 1963, 99ss, 104ss, y Haake 2003, 91.

³⁴ Plb. 11.34.9: “the personal qualities of physical attractiveness, dignity and culture a king was able to have”, Sherwin-White, Kuhrt, 1993, 199. Cf. Bivar 1951, 33, para un posible correinado entre ambos.

³⁵ Cf. Préaux 1978, I, 183ss; Gehrke 1982; Walbank 1984, 81s; Le Bohec 1991, 29ss; Virgilio 2003, 69ss.

³⁶ Esta implicación no es señalada por Walbank, 1999, III, 675, ni por Welwei 1963, 138. Sin embargo, la concepción del propio Polibio (9.14.5) de que la astrología (astronomía) y la geometría forman parte de esos *theorémata*, refuerza la idea de que la figura educativa subyacente es la *enkyklios paideia*, más o menos definida. Ver también Plb. 31.24.6, en relación con la educación de Emiliano.

Después de todo, quizá haya alguna lección más que extraer de la historia de este monarca del bajo helenismo. Decíamos que para la ideología de la realeza la *paideia* servía asimismo al propósito de asegurar los mecanismos sucesorios y la identificación entre padres e hijos, entre el monarca y su presunto heredero o su sucesor designado. Señalemos al respecto que el fracaso de Prusias II como rey digno de tal nombre fue también su fracaso como padre y educador. También en esto su figura supuso una contrafigura moral y política para los griegos de su tiempo. Al igual que Lisímaco de Tracia, solo que sin conseguirlo, el soberano bitinio intentó eliminar al heredero del trono, Nicomedes II. Pagó con su vida por ello, pues el príncipe no sólo logró ceñirse la diadema, sino que además se deshizo sin contemplaciones de su progenitor, abandonado al final de unos súbditos que lo odiaban por unanimidad³⁷.

Trágico y algo esperpéntico, el destino de Prusias II no podía ser más instructivo para los lectores de Polibio. Si dejamos a un lado a los últimos Seléucidas, más patéticos que otra cosa, únicamente la tragedia en la casa de Filipo V se le compara y aun supera por la variedad de sus *dramatis personae*. Lástima de un Caldéron o un Schiller para recreárnosla en el telar de la literatura. A nosotros, por lo demás, ya nos suena una parte de la letra en que está escrito el drama familiar de los Antigonidas: es la que dice que la confianza en los príncipes se basaba en el control de su formación. Porque, en la lucha por el poder y por el futuro de Macedonia, nos parece que también estaban en juego dos estilos distintos de educación: una conservadora y recelosa del occidente bárbaro, personalizada en Perseo, el primogénito y presunto heredero; y otra latino-parlante y abierta a Roma, la que encarnaba Demetrio. El menor de los hermanos había sido rehén en la capital del imperio entre 197 y 191, de los 10/11 a los 16/17 años, una edad muy maleable³⁸, y por esta su familiaridad con la cultura romana resultaba el candidato preferido del senado. La palabra crucial es *kataskeuè*, “preparación”, con la que se traiciona el prorromano Polibio cuando compara a los dos hijos del Antigonida: “Perseo, en cambio, lo llevaba muy a mal, y no sólo por carecer con mucho de la buena disposición de su hermano hacia los romanos, sino también por quedar detrás de él en todas las demás cosas, tanto por su propia naturaleza como por su preparación”³⁹.

¿De qué preparación habla en realidad el historiador? La verdad es que el término resulta lo suficientemente amplio como para englobar distintas cualificaciones: cosmopolitismo (pero incluyendo también la ecúmene occidental), contactos y buenas relaciones en la Urbe, conocimiento directo del engranaje político-militar de la primera potencia (algo fundamental para Polibio) y, de una manera u otra, una

³⁷ Cf. Habicht 1957, 1120ss, y Will 1982, 384, con todas las fuentes, siendo App., *Mith.* 4-7, el que presenta el relato más completo e interesante. En su decadencia, también la casa de los Seléucidas está llena de ejemplos de parecido tenor.

³⁸ Como muy bien sabían los lacedemonios cuando Antípatro les exigió la misma prenda de fidelidad: Plu., *Mor.* 235b.

³⁹ Plb. 23.7.5, tr. M. Balasch (ed. Gredos), pero sustituyendo “predisposiciones”, conceptualmente reiterativo, por “preparación”, cuyo equivalente en el inglés de W.R. Paton (Loeb) sería “training”. Inncesariamente complicado y amplificador Walbank III, 1999, 224, quien, citando a Shuckburgh, prefiere “acquired accomplishments”. Preparación es, en efecto, la acepción básica del término griego: ver Liddel-Scott, s.v. *kateskeuè*. Braund 1984, 15, no aporta mucho en este caso.

paideia teñida de cierto romanismo, es decir, bilingüe, conocedora de la historia romana y capaz asimismo de reconocer las limitaciones del helenismo. Pese a sus sesgos y a sus ribetes novelescos, el relato de Tito Livio, que al contrario del polibiano se conserva en su integridad, deja muy claras las orientaciones latinófilas en la cultura del joven Demetrio: “Al mismo tiempo, para hacer a Demetrio cada día más sospechoso, con toda intención hacían recaer la conversación sobre cuestiones referentes a los romanos. Entonces unos se burlaban de sus costumbres e instituciones, otros de su historia, otros del aspecto de su ciudad (...), y otros de cada uno de sus ciudadanos principales; y el joven, falto de prudencia debido tanto a su aprecio hacia el nombre de Roma como a su antagonismo con su hermano, defendía a los romanos en todo, haciéndose sospechoso a su padre y quedando expuesto a las acusaciones” (T.L. 40.5.7-8, tr. J.A.Villar).

La memoria de la dinastía y la fuerza de la tradición macedonia pesaban sobremanera en aquellos tiempos de confrontación con Roma, y Perseo supo erigirse en fiel guardián de todos esas herencias, hasta conseguir la eliminación de su hermanastro. No eran cuestiones baladíes ni sentimientos que admitiesen la menor ambigüedad. La *paideia* del príncipe, según hemos ido viendo, consistía en algo más que en el mero aprendizaje de unos cuantos saberes curriculares; debía templarse asimismo en un baño de valores (políticos, religiosos), entre los cuales prevalecían la lealtad y el ánimo de perseverar en la obra de los antepasados, empezando por la del último jefe de la casa. Era aquí donde el ejemplo de gobierno y el magisterio oral del rey constituían, como es natural, la mejor de las pedagogías. En el discurso que Livio pone en boca de Filipo cuando éste convoca a los dos príncipes enconados, oímos reconveniones de padre cansado ya de impartir lecciones a sus hijos (*meorum praeceptorum*: T.L. 40.8.10), harto de recordarles ejemplos y más ejemplos sacados de la historia de la realeza griega: que si los antiguos espartanos, que si los Atálidas, que si los romanos...⁴⁰. Son las palabras de ese padre que todo hijo ha escuchado alguna vez, poniendo por modelo, cómo no, a tal o cual familia del vecindario: “el ejemplo reciente de estos hermanos, Eumenes y Átalo, que a partir de unas realidades tan modestas que casi da reparo llamarlos reyes, sin más recurso que su entendimiento de hermanos han igualado su poder con el mío, con el de Antíoco, y con el de cualquiera de los reyes contemporáneos”⁴¹.

El elogio de la fraternidad en el seno de la dinastía rival coincidía con el veredicto de la asamblea ateniense que ya hemos comentado. Este Filipo escarmentado y educador era el mismo que había sido objeto de toda la solicitud paterna –alabada por Polibio (4.87.6)–, el mismo que había interiorizado como ningún otro Antigónida la obra de Filipo II (Paus. 7.7.5), el mismo que gustaba de citar a Demetrio las recomendaciones prácticas dadas por Antígono (posiblemente Monóftalmo) a sus hijos, para que “recordasen ellos y transmitiesen a sus descendientes”⁴². El fundador de la casa,

⁴⁰ Ejemplos que, según los fragmentos conservados de este parlamento en Plb. 23.11, debían leerse en la tragedia, la mitología y la historia: cf. Walbank III, 1999, 234.

⁴¹ T.L. 40.8.14, tr. J.A.Villar (ed. Gredos). Cf. Leschhorn 1996, 79ss, 93s.

⁴² T.L. 40.21.5: cf. Walsh 1996, 142, y E.T.Sage y A.C.Schlesinger (Loeb), 66 n.1, para la identificación del Antigónida.

al que Plutarco pinta paternalista y consejero en la biografía de Poliorcetes (*Demetr.* 3; 14.2-3; 19.3-6), se limitaba en realidad a emplear su sentido común de viejo soldado –como antes lo hiciera Filipo con su hijo Alejandro (Plu., *Mor.* 178 B-C). Su nieto Gónatas, de educación mucho más esmerada (Alonso 2000, 29s), prefería ya hablar a su vástago con voz impostada de filósofo, enseñándole aquello de que la realeza era una gloriosa esclavitud, una *éndoxos douleia*⁴³. Dicho por un monarca a su sucesor, el oxímoron suena elegante, hasta convincente. Pero, ¿podría aceptarse semejante expresión, no de un padre, sino de un preceptor?

Todo dependería, obviamente, del grado de confianza, afecto y reconocimiento entre educador y educando. Polibio nos proporciona una buena respuesta al rememorar el tono de amistad y camaradería en sus relaciones con Escipión Emiliano (31.23.3,6). Máxime si tenemos en cuenta que la personalidad del caudillo romano se asimila en sus *Historias*, hasta cierto punto, a la de una figura principesca: no sólo como hijo de un βασιλικὸς ἀνὴρ (Welwei 1963, 131; Scullard 1970, 242), sino también por su ganada posición de *princeps civitatis* o por sus pasiones literarias, caso de la *Ciropedia* (Astin 1967, 97, 118). Por lo demás, en la relación entre el rehén aqueo y su alumno reconocemos las marcas de una tradición compartida durante el helenismo: intensidad dialógica de la enseñanza (31.23.7ss), sin perjuicio de sus apoyos librescos (31.23.4); preeminencia por doquier del profesorado griego (31.24.7); desglose curricular de la docencia en distintos *mathémata* (31.24.6); concepción de la enseñanza como *philia* entre maestro y discípulo (31.23); fomento de la identificación con los antepasados (31.24.5); y, en fin, para inspiración de Ortega (1989, 429ss), devoción cinegética del Emiliano adolescente (en los cazaderos reales de Macedonia), jugando un poco a ser un príncipe a la manera helenística (31.29.6). A decir verdad, cuando hablamos de Escipión, un patricio romano helenizado, podríamos hablar también de cualquier aristócrata griego de la época: un Filopemen, pongamos por caso. La semblanza de este otro íntimo y admirado de Polibio pasa igualmente por la inmediata evocación de su *agogé* (10.21), en la que no faltan los típicos filósofos, que son a la vez profesores, activistas políticos y hasta compañeros de caza (10.22.1-5).

Príncipes y aristócratas, griegos y romanos de las capas altas, élites macedonias y élites orientales helenizadas: muchos de ellos tendían a reconocerse como pares, más allá de sus identidades étnicas y de sus adscripciones políticas, en el conocimiento de la lengua común, el griego, y en un *ethos* cosmopolita basado en la “civilización de la *paideia*” (Marrou 1976, 113ss). Que dos espacios consagraban: el gimnasio y el teatro. La sociología de estos grupos dirigentes no deja de recordarnos en cierto modo a aquella república internacional de la nobleza de la que hablaba Simmel (1986, 771, 763s). ¿No fue acaso ésta la época del individualismo filosófico y de los “ciudadanos del mundo”? El hijo de Licortas representaba a esos sectores, y sus *Historias* constituyen una argumentación muy meditada sobre la convergencia final de sus destinos. Pero sin duda no era el único: pensemos, entre otros conocidos

⁴³ Ael., *VH* 2.20: cf. Volkmann 1967; Hadot 1972, 585; Leuteritz 1997, 56s, 60; Walbank 1984, 77, y Virgilio 2003, 68; 1999, 99, con la restante bibliografía. Sobre la reverencia de Gónatas por los antepasados, Buraselis 1982, 161s.

(Scholz 2000, 106ss), en el caso de Menipo de Colofón (Robert 1989, 63ss), cuya estancia en Atenas le permitió ampliar estudios, recibir honores y seguramente intimar con griegos y romanos de su nivel, como el pretor Q. Mucio Escévola Augur, c.120/19 (Robert 1989, 65: col. II: l. 42-46). No había diferencias sustanciales entre la educación de unos y otros, entre la de un Aníbal y un Antíoco III, como no la había entre el barón von Hohberg y los demás nobles que leían y escribían el mismo latín en la Europa del siglo XVII (Brunner 1949).

IV. Como no podía ser de otra manera en una civilización autocéntrica, y la helena lo era, la alteridad cultural se apreciaba positiva o negativamente según su grado de aproximación al modelo griego establecido. La Roma helenizada encarnada por los Escipiones recibe las bendiciones de Polibio y la historiografía helenística crepuscular (por ej., D.S. 29.20-21; Str. 9.2.2). Cabe pensar que los mismos juicios de valor se impusieron en la literatura etnográfica de la época a la hora de estudiar las monarquías bárbaras. Algunos pasajes preservados nos permiten intuir que, de acuerdo con las ideas imperantes, el rey bárbaro se redimía gracias a una formación filohelena. Un indicio de esto lo tenemos en el anónimo del *Periplo del Mar Rojo*, que describe al rey Zoscales como ruin y ansioso de lucro, “pero por lo demás educado y conocedor de las letras griegas” (*Peripl.M.Rubri* 5, tr. Gil; Casson 1989, 109s). Diodoro preserva la memoria helenística de Ergámenes de Etiopía, coetáneo de Filadelfo, como monarca ilustrado y perseguidor de la superstición en su país debido a su *agogé* griega (D.S. 3.6.3; Str. 17.2.3). No creamos que se trata de un comentario aislado en la *Biblioteca*: entre los soberanos de Capadocia cobra especial relieve la personalidad de Ariarates V, príncipe modélico antes de ascender al trono, que se describe nimbado de un aura político-moral que no es sino la resultante lógica de su *paideia* y de su devoción por la filosofía (D.S. 31.19.6-8; D.L. 4.65). Sobre otra realeza vecina helenizada, la del Ponto, se proyectan con no menos fuerza algunas ideas educativas del helenismo tardío. Nos referimos a la leyenda acerca de los primeros años de Mitrídates VI Eupátor, conservada por Justino (37.2.4-9), en la que junto a elementos del cuento popular y la tradición irania se intercalan nociones morales de raigambre cínico-estoica, como la de la ascesis preparatoria del buen rey en contacto con las fuerzas de la naturaleza, lejos de los ambientes corruptores de la corte y la urbe⁴⁴.

El helenocentrismo, por otra parte, podía manifestarse en forma de proyección anacrónica. En una descripción de la antigua realeza faraónica, que más parece reflejo de ideas helenísticas que pintura fiel del pasado egipcio (Hahm 2000, 462; Walbank 1984, 77s), el historiador siciliano adscribe al servicio personal del rey jóvenes muy bien educados (πεπαιδευμένοι δὲ κάλλιστα) como garantía de buen gobierno (D.S. 1.70.2).

⁴⁴ Fundamental García 1993, 106ss, con la crítica de las fuentes (Trogo Pompeyo y sus informantes), y Ballesteros 1996, 37ss, para el encuadre histórico-político, ambos con la debida atención a Th.Reinach. Compárese la leyenda troguiana con la tematización literaria (bucólica y cultista) de la naturaleza como marco educativo que hemos visto en la poesía vinculada a los primeros Lágidas. La *paideia* mitridática está teñida en buena medida de ideología filosófica, como la del Heracles cínico (Höistad 1948), mientras que la del *Heraclisco* responde a una sensibilidad básicamente poético-filológica.

No puede ser casualidad, por consiguiente, que el mismo Diodoro levantara buena acta de los desvelos helenizantes de Alejandro Magno para con los mestizos nacidos en su ejército, lo que naturalmente comportaba su escolarización en toda regla: ὄντων δ' αὐτῶν σχεδὸν μυρίων ἅπασι τὰς ἀρμοζούσας πρὸς τροφήν ἐλευθέριον συντάξεις ἀπομερίσας τούτοις μὲν παιδευτὰς ἐπέστησε τοὺς διδάξοντας τὴν ἀρμόζουσαν παιδείαν⁴⁵. Y es que junto a las imágenes del Alejandro conquistador, y explorador, y estadista, la historiografía helenística consagró asimismo la del rey bien educado, empezando por Marsias de Pela (*FGrHist* 135 T 1) y Onesícrito de Astipalea (*FGrHist* 134 T 1), y en consecuencia también la del fomentador de la *paideia* a escala de la nueva ecúmene greco-oriental. En esto el macedonio rompió de nuevo moldes. En la citada *Carta de Aristóteles* (10.6), se augura un reino de paz universal en el que la educación y la filosofía encontrarían un espacio propio en la vida cotidiana de los hombres, aunque es muy dudoso que el autor estuviese pensando también en los conquistados (a juzgar por lo que les deseaba: *ibid.*, 9). Lo aprobase o no su antiguo preceptor de Mieza, el caso es que los mestizos debían tener acceso a una educación a la griega, empezando por Alejandro IV y Antíoco I, hijos de sendas madres iránias. Cuando Casandro recluyó al primero junto con Roxana en Anfipolis, se aseguró también de que se le retirase todo el aparato correspondiente a su regia educación: ἀπέσπασε δὲ καὶ τοὺς εἰωθότας παῖδας συντρέφεσθαι καὶ τὴν ἀγωγὴν οὐκέτι βασιλικήν, ἀλλ' ἰδιώτου τοῦ τυχόντος οἰκείαν ἐκέλευε γίνεσθαι (D.S. 19. 52. 4). Era una degradación y, sobre todo, una forma de inhabilitarlo para la realeza (Alonso 2000, 25).

Éste no fue precisamente el caso de un romano que en cierto sentido se consideró a sí mismo el continuador de la obra de Alejandro. En su biografía “autorizada” de Augusto, Nicolao de Damasco deja ver desde el comienzo del relato la trascendencia de la *trophé* y la *paideusis* para comprender las realizaciones del gran hombre (*Vit. Aug.* 2.2). A un epígono de la historiografía helenística le resultaba ya conceptualmente imposible explicar el destino de un rey sin aludir a sus profesores (3.6), a alguno de sus conmlitonos (7.16), o a su admirable precocidad (16.37). He aquí los temas que, con más detalle, desarrollará Plutarco al presentar la etapa juvenil del hijo de Filipo.

BIBLIOGRAFÍA

- ADRADOS, F.R. 1966, *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid.
 ALONSO, V. 1991, “Crianza y derecho de alimentos: de Homero a Solón”, en J.M.Blázquez, S.Montero (ed.), *Estudios en homenaje al Dr. Michel Ponsich*, Madrid, 29-51.
 — 2000, “La *paideia* del príncipe en el tiempo de los Diádocos”, *AHB* 14, 22-34.
 — 2001, “*Paideia* und *Philia* in der Hofgesellschaft der hellenistischen Zeit”, en M.Peachin (ed.), *Aspects of Friendship in the Graeco-Roman World*, Portsmouth, Rhode Island, 81-87.
 — 2005, “La *paideia* de los primeros Ptolomeos”, *Habis* 36, 99-110.

⁴⁵ D.S. 17.110.3; Plu., *Alex.* 47.6; Arr., *An.* 7.12.2: cf. Hammond 1990, 275ss, para todos los orientales incluidos en este vasto programa educativo.

- AMELING, W. 1995, "III. Mittelgriechenland", en K.Bringmann, H.v.Steuben (Hrsg.), *Schenkungen hellenistischer Herrscher an griechische Städte und Heiligtümer*, I, Berlin, 125-166.
- ASTIN, A.E. 1967, *Scipio Aemilianus*, Oxford.
- BALLESTEROS PASTOR, L. 1996, *Mitridates Eupátor, rey del Ponto*, Granada.
- BIELAWSKI, J. (ed.) 1970, *Lettre d'Aristote à Alexandre sur la politique envers les cités*, Wrocław (commentaire de M.Plezia).
- BIRGALIAS, N. 1999, *L'odyssée de l'éducation spartiate*, Athens.
- BIVAR, A.D.H. 1951, "The Bactria Coinage of Euthydemus and Demetrius", *NC*, 22-39.
- BOURRIOT, F. 1995, *Kalos Kagathos - Kalokagathia*, Hildesheim 1995.
- BRAUND, D. 1984, *Rome and the Friendly King*, New York.
- BRELICH, A. 1958, *Gli eroi greci. Un problema storico-religioso*, Roma.
- 1969, *Paidés e parthenoi*, Roma.
- BRILLANTE, C. 1992, "La *paideia* di Eracle", en C.Bonnet, C.Jourdain-Annequin (éd.), *Heracles d'une rive à l'autre de la Méditerranée, bilan et perspectives*, Bruxelles, 199-222.
- BRUNNER, O. 1949, *Adeliges Landleben und Europäischer Geist. Leben und Werk Wolf Helmhards von Hohberg, 1612-1688*, Salzburg.
- BURASELIS, K. 1982, *Das hellenistische Makedonien und die Ägäis*, München.
- CAMPBELL, M. 1983, *Index verborum in Apollonium Rhodium*, Hildesheim.
- CARLIER, P. 1978, "L'idée de monarchie impériale dans la *Cyropédie* de Xénophon", *Ktema* 3, 133-163.
- CASSON, L. (ed.) 1989, *Periplus Maris Erythraei*, Princeton.
- EICHGRÜN, E. 1961, *Kallimachos und Apollonios Rhodios*, Diss. Berlin.
- FARBER, J.J. 1979, "The *Cyropaedia* and Hellenistic Kingship", *AJPh* 100, 497-514.
- FLEISCHER, R. 1996, "Hellenistic Royal Iconography on Coins", en P.Bilde et alii (ed.), *Aspects of Hellenistic Kingship*, Aarhus, 28-40.
- FRASER, P.M. 1972, *Ptolemaic Alexandria*, I-III, Oxford.
- GARCÍA IGLESIAS, L. 1987, "Ἐκ πατέρων παισί. La idea de unas herencias inmateriales entre los antiguos griegos", en P.Bádenas et alii (ed.), *Athlon. Saturata grammatica in honorem Francisci R. Adrados*, Madrid, 289-314.
- GARCÍA MORENO, L. 1993, "Nacimiento, infancia y primeras aventuras de Mitridates VI Eupator, rey del Ponto", *Polis* 5, 91-109.
- GAUTHIER, Ph. 1995, "Notes sur le rôle du gymnase dans les cités hellénistiques", en M.Wörle, P.Zanker (Hrsg.), *Stadt und Bürgerbild im Hellenismus*, München, 1-11.
- GEHRKE, H.-J. 1982, "Der siegreiche König. Überlegungen zur hellenistischen Monarchie", *AKG* 64, 247-277.
- GEUS, K. 2002, *Eratosthenes von Kyrene. Studien zur hellenistischen Kultur- und Wissenschaftsgeschichte*, München.
- GOODENOUGH, E.R. 1928, "The Political Philosophy of Hellenistic Kingship", *YCIS* 1, 55-102.
- GOW, A.S.F. 1950, *Theocritus*, I-II, Cambridge.
- GÜTSCHOW, M. 1928, "Ein Kindersarkophag mit Darstellung aus der Argonautensage", *MDAI(R)* 43, 256-77.
- HAAKE, M. 2003, "Warum und zu welchem Ende schreibt man *Peri Basileias*?", en K.Piepenbrink (Hrsg.), *Philosophie und Lebenswelt in der Antike*, Darmstadt, 83-138.
- HABICHT, Chr. 1957, "Prusias II.", *RE* 23,1, 1107-1127.
- 1994, *Athen in hellenistischer Zeit*, München.
- HADOT, P. 1972, "Fürstenspiegel", *Reallexikon für Antike und Christentum*, 3, 555-632.
- HAHM, D.E. 2000, "Kings and Constitutions: Hellenistic Theories", en C.Rowe, M.Schofield (ed.), *The Cambridge History of Greek and Roman Political Thought*, Cambridge, 457-476.

- HAMMOND, N.G.L. 1990, "Royal Pages, Personal Pages, and the Boys trained in the Macedonian Manner during the Period of the Temenid Monarchy", *Historia* 39, 261-290.
- HANSEN, E.V. 1971, *The Attalids of Pergamon*, Ithaca and London.
- HAZZARD, R.A. 2000, *Imagination of a Monarchy: Studies in Ptolemaic Propaganda*, Toronto.
- HEINEN, H. 1983, "Die Tryphè des Ptolemaios VIII. Euergetes II. Beobachtungen zum ptolemäischen Herrscherideal und zu einer römischen Gesandtschaft in Ägypten (140/39 v.Chr.)", en Id. (Hrsg.), *Althistorische Studien Hermann Bengtson zum 70. Geburtstag dargebracht von Kollegen und Schülern*, Wiesbaden, 116-130.
- HERTER, H. 1942, "Beiträge zu Apollonios von Rhodos", *RM* 91, 226-49.
- HILLER, E. 1872, *Eratosthenes Carminum Reliquae*, Lipsiae.
- HÖISTAD, R. 1948, *Cynic Hero and Cynic King*, Uppsala.
- HOPP, J. 1977, *Untersuchungen zur Geschichte der letzten Attaliden*, München.
- HUTTNER, U. 1997, *Die politische Rolle der Heraklesgestalt im griechischen Herrschertum*, Stuttgart.
- JAEGER, W. 1957, *Paideia*,² tr. esp., México.
- JEANMAIRE, H. 1939, *Couroi et Courètes*, Lille.
- 1949, "Chiron", en *Mélanges Henri Grégoire*, IX, Bruxelles, 255-65.
- JOHANSEN, K.F. 1939, "Achill bei Chiron", en *ΔΡΑΓΜΑ. Martino P. Nilsson ... Dedicatum*, Lund, 181-205.
- KING, K.C. 1987, *Achilles*, Berkeley and Los Angeles.
- KOENEN, L. 1977, *Eine agonistische Inschrift aus Ägypten und frühptolemäische Königsfeste*, Meisenheim am Glan.
- KREVELEN, D.A.v. 1956, "Bemerkungen zur Charakteristik der in den Argonautika des Apollonius auftretenden Personen", *RM* 99, 3-8.
- LE BOHEC, S. 1991, "L'idéologie officielle du roi de Macédoine à l'époque hellénistique, en *L'idéologie du pouvoir monarchique dans l'Antiquité*, Paris, 23-38.
- LEGRAS, B. 2002, *Lire en Égypte, d'Alexandre à l'Islam*, Paris.
- LEO, F. 1901, *Die griechisch-römische Biographie nach ihrer litterarischen Form*, Leipzig.
- LESCHHORN, W. 1996, "Die Königsfamilie in der Politik. Zur Mitwirkung der Attalidenfamilie an der Regierung des pergamenischen Reiches", en Id. (Hrsg.), *Hellas und die griechische Osten... Festschrift P. Robert Franke*, Saarbrücken, 79-98.
- LEUTERITZ, E. 1997, *Hellenistische Paideia und Randgruppen der Gesellschaft*, München.
- LIVINGSTONE, N. 1998, "The Voice of Isocrates and the Dissemination of Cultural Power: Rhetorics of Classical Learning", en Y.L. Too, N.Livingstone (ed.), *Pedagogy and Power: Rhetorics of Classical Learning*, Cambridge, 263-281.
- MARROU, H.-I. 1976, *Historia de la educación en la Antigüedad*,³ tr. esp., Buenos Aires.
- MAUSS, M. 1979, "Sobre una categoría del espíritu humano: la noción de persona y la noción del yo" (1938), en Id., *Sociología y antropología*, tr. esp., Madrid, 307-333.
- MORGAN, T. 1998, *Literate Education in the Hellenistic and Roman Worlds*, Cambridge.
- MOUSSY, *Recherches sur ΤΡΕΦΩ et les verbes grecs signifiant <<nourrir>>*, Paris.
- MURRAY, G. 1996, *Delphes et les Attalides. Un cas d'évergétisme royal en 160/159 avant J.-C.*, Québec.
- MURRAY, O. 1967, "Aristeas and Ptolemaic Kingship", *JThS* 18, 337-371.
- 1987, "The Letter of Aristeas", en *Studi Ellenistici II*, Pisa, 15-29.
- ORTEGA Y GASSET, J. 1989, *Prólogo* (1942) a «Veinte años de caza mayor», del conde de Yebeas, reed. *Obras Completas*, VI, Madrid, 419-491.
- PFUHL, E. 1940, *Tausend Jahre Griechischer Malerei*, München.
- PICARD, CH. 1951, "Le culte et la légende du centaure Chiron", *REA* 53, 5-25.
- PRÉAUX, C. 1978, *Le monde hellénistique*, I, Paris.

- ROBERT, L. et J. 1989, *Claros I. Décrets hellénistiques*, Paris 1989.
- SAURON, G. 1994, *Quis Deum? L'expression plastique des idéologies politiques et religieuses à Rome à la fin de la République et au début du Principat*, Rome.
- SCHMIDT-DOUNAS, B. 2000, *Geschenke erhalten die Freundschaft. Politik und Selbstdarstellung im Spiegel der Monumente*, Berlin.
- SCHOLZ, P. 2000, "Zur Bedeutung von Rede und Rhetorik in der hellenistischen Paideia und Politik", en Chr. Neumeister, W. Raeck (Hrsg.), *Rede und Redner. Bewertung und Darstellung in den antiken Kulturen*, Möhnesse, 95-118.
- SCHRÖDER, B., SCHRADER, KOLBE, W. 1904, "Die Arbeiten zu Pergamon 1902-1903: Die Inschriften", *MDAI(A)* 29, 152-78.
- SCHUBART, W. 1920, "Bemerkungen zum Stile hellenistischer Königsbriefe", *APF* 6, 324-47.
- 1937, "Das hellenistische Königsideal nach Inschriften und Papyri", *APF* 12, 1-26.
- 1937b, "Das Königsbild des Hellenismus", *Antike* 13, 272-288.
- SCHULTE, J.M. 2001, *Speculum Regis. Studien zur Fürstenspiegel-Literatur in der griechisch-römischen Antike*, Münster.
- SCULLARD, H.H. 1970, *Scipio Africanus: Soldier and Politician*, London.
- SHERWIN-WHITE, S., KUHRT, A. 1993, *From Samarkhand to Sardis. A new approach to the Seleucid empire*, Berkeley and Los Angeles.
- SIMMEL, G. 1986 "Digresión sobre la nobleza" (1908), en id., *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, II, tr. esp., Madrid, 765-96.
- SMITH, R.R.R. 1994, "Spear-won Land at Boscoreale: on the Royal Paintings of a Roman Villa", *JRA* 7, 100-128.
- VIRGILIO, B. 1999, "Re e regalità ellenistica negli affreschi di Boscoreale", en *Studi Ellenistici XII*, Pisa, 93-105.
- 2003, *Lancia, diadema e porpora. Il re e la regalità ellenistica*², Pisa.
- VOLKMAN, H. 1967, "Die Basileia als ἐνδοξος δουλεία. Ein Beitrag zur Wortgeschichte der Duleia", *Historia* 16, 155-161.
- WALBANK, F.W. 1984, "Monarchies and Monarchic Ideas", *CAH*², VII,1, 62-100.
- 1999, *A Historical Commentary on Polybius*,² I-III, Oxford.
- WALSH, P.G. (ed.) 1996, *Livy. Book XL*, Warminster.
- WELWEI, K.-W. 1963, *Könige und Königtum im Urteil des Polybios*, Köln.
- WILAMOWITZ, U. v. 1941, "Ein Weihgeschenk des Eratosthenes", *Kleine Schriften*, II, Berlin, 48-70.
- WILL, Ed. 1979-1982, *Histoire politique du monde hellénistique*², I-II, Nancy.
- ZIEBARTH, E. 1907, *Kulturbilder aus griechischen Städten*, Leipzig.